

## EL ESPLENDOR DE LOS BALNEARIOS

**JOSÉ M<sup>a</sup>. URKÍA ETXABE**

Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País

Retomar, para mi, una vez más, el tema del balnearismo supone retroceder en el tiempo hasta 1979, momento en que, dirigido por mi querido maestro, don Luis Granjel, me inicié en este apasionante tema historiográfico, complejo y ricos en matices, objeto hoy de un corpus muy notable que ha desvelado el mundo balneario como un tronco del que se derivan múltiples ramas muy frondosas. Los estudios que iniciamos en Salamanca en la década de 1980 fueron pioneros en la sistematización y abordaje del fenómeno balneario desde el punto de vista hidrológico-médico y atisbamos ya la riqueza e interdisciplinariedad del tema que, el paso del tiempo, se ha encargado de confirmar. Hoy el mundo balneario debe contemplarse desde muchos ángulos: desde la historia de la medicina y de la ciencia, la geografía, la arquitectura y la urbanística, la arqueología, la sociología, la antropología, la farmacología-hidrología médica, la política, la literatura, en fin, desde tantas vertientes, todas ellas válidas y complementarias.

El enunciado de mi ponencia supone ya una acotación temática para el estudioso de esta materia, no obstante, trataré de sintetizar y ofrecer un panorama amplio e incluso sugestivo.

Al evocar el término balneario en su ánimo se despertará la idea o el concepto que evoca un lugar bello, amable, saludable, aguas abundantes que sanan, contacto con la naturaleza, lujo, magia, nostalgia, reposo, silencio y serenidad. Todo eso es cierto y mucho más. El corazón, el centro del balneario es el agua, el agua termal, que brota de las entrañas de la tierra, agua y fuego, agua y barro, que aportan lo mágico y lo mítico, la energía, los minerales y las esencias que restablecerán el organismo exhausto. En todas las civilizaciones se constata esa necesidad primitiva por ese elemento natural y todo lo que le rodea. Hay autores que han explicado el auge de los balnearios -segunda mitad del siglo XVIII y siglo XIX- como consecuencia de la Revolución Industrial, el nacimiento de las urbes insalubres, el divorcio entre campo y ciudad, y la necesidad, permanente, insoslayable, del ser humano por el contacto con las aguas vivas de la naturaleza, que buscan saciar en el entramado balneario. Esa ciudad balnearia que surge en la Europa burguesa del siglo XIX, será la ciudad del tiempo libre, del goce, del campo verde y montañoso, que el desarrollo del ferrocarril lo pondrá al alcance de los más pudientes y poco a poco a las clases medias. Ya que se mantiene, también, la idea de que el balneario fue el lugar de encuentro entre la aristocracia y la burguesía. De este modo, en su esplendor decimonónico, la ciudad balneario acoge a los pudientes, aquellos que se permiten un ocio largo, una opulencia de meses de indolencia, amoríos, intrigas políti-

cas, y bailes y fiestas que han retratado los pintores e inmortalizado, en sus obras, los escritores. Pero el balneario, no lo olvidemos, fue también lugar de medicación, de cura de enfermedades, de dolencias variadas. A lo largo del siglo XIX, en sintonía, con el clima científico y el desarrollo de la química, que analizará el componente minero medicinal de tantas veneros explotados en los balnearios, se valoran y reputan las aguas para todo tipo de patologías. Cada balneario se especializará en una determinada enfermedad. La caída de este aspecto terapéutico se inicia tras la primera Gran Guerra Europea, momento del desarrollo de una farmacología que destrona la capacidad limitada de las aguas medicinales, por fármacos potentes y de acción rápida. Hoy, como indicaré más tarde, nadie o casi nadie acude al balneario a beber el agua, se han transformado en lugares en donde el agua tiene un enorme papel lúdico, de baño, masaje, gimnasia, mucho más acorde con el paradigma griego y romano de la Antigüedad Clásica.

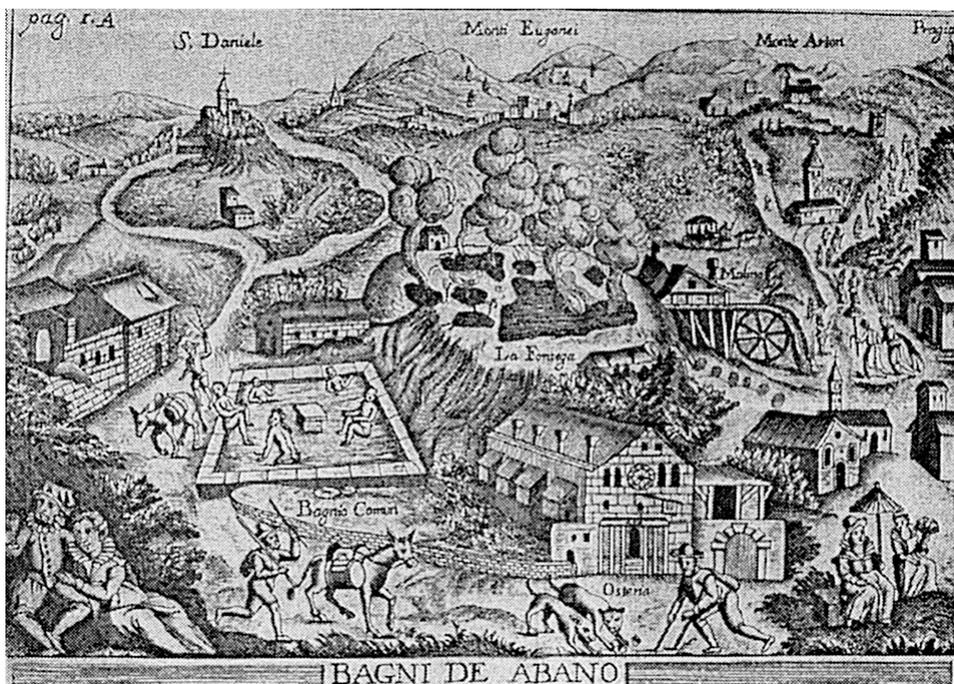
Decía que la esencia, el fundamento del balneario es el agua termal o minero-medicinal. El agua, lo recuerdo, es esencial para la vida, su papel estelar. Se puede hablar de la dimensión sagrada del agua, ya en el Génesis se nos dice: "Al principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba confusa y vacía y las tinieblas cubrían la haz del abismo, pero el espíritu de Dios se cernía sobre la superficie de las aguas". En el Libro de los Números, capítulo 20, se nos habla de Moisés y las aguas de Meriba (querrela entre Yhavé y su pueblo): "Dijo Dios a Moisés, toma el cayado y reúne a la muchedumbre, tú y Aarón, tu hermano, y en su presencia hablada a la roca y ésta dará sus aguas; de la roca sacarás agua para dar de beber a la muchedumbre y a sus ganados. Alzó Moisés su brazo e hirió con el cayado la roca por dos veces, y brotaron de ella aguas en abundancia". El agua que purifica, que limpia, que vivifica está presente en todos los momentos de la historia de la humanidad, desde la mitología griega, el mundo romano, el Antiguo y Nuevo Testamento: recordar el bautismo de Cristo por Juan Bautista en el Jordán. Las ninfas y dioscellos de las fuentes termales, los ríos sagrados: Nilo, Ganges, Tiber, Eufrates. Los baños rituales, las aguas de Mayo, las aguas de los solsticios de verano e invierno, las aguas que limpian todo, diluvios, aspersiones, inmersiones, abluciones. Este aspecto sagrado o misterioso nunca desapareció del todo, ni en la época del esplendor balneario y del cientificismo, no todo se podía explicar por el contenido mineral del agua, había componentes, llamémosles, psicológicos, que buscan la proximidad del agua al nacimiento del manantial, a la tierra. El agua tendría algo inexplicable-mágico, que actúa.



*La diosa Salus. Pátera de Otañes (Santander)*

Existe una importante dimensión lúdica, placentera del agua: al agua en el baño y el agua que embellece, el agua en el jardín. Paradigma del agua en baño será el mundo grecorromano, lugar de placer, baños calientes, fríos, gimnasia, termas, lugar de descanso. Las termas de Roma eran frecuentadas como hacemos nosotros con las playas. Lugares bellos, de mármoles, mosaicos, frescos y pinturas. Edificios de arquitectura colosal, dignas del mayor confort. La historiografía rigurosa sobre este tema ha matizado la idea, algo errónea, de la prohibición total de los baños en el Medievo Europeo por razones de perversión de la moral y costumbres. Es cierto que la Iglesia advertía del peligro de los baños calientes y con finalidad ociosa y mezcla de sexos. Se sabe que muchos Monasterios tenían sus baños, con fines higiénicos. Se utilizó el baño en las casas y se explotaron balnearios termales, en Alemania, Suiza, Inglaterra y Francia. La novela medieval se hace eco de la vida en los baños, asociados a burdeles. Las pestes medievales, la sífilis renacentista y otras epidemias determinarán la desaparición de estos lugares de placer, así como la escasez de leña para calentar el agua. Reaparecerán en el siglo XVII como un lujo importado de los turcos. Ese aspecto lúdico estará presente en los siglos XVIII y XIX, pero es precisamente en la actualidad en donde cobra nuevo auge. Los parques acuáticos que surgen en EE UU hacia 1960 y la reconversión de tantos balnearios en inmensas piscinas con todo tipo de juegos y chorros y cascadas y solariums.

El agua de jardín. Es el goce estético del agua, su contemplación y el sonido que emite, en pequeñas cascadas, fuentes, lagos, grutas. El mundo balneario tuvo muy presente embellecer y ordenar el espacio balneario en torno a fuentes hermosas. En su esplendor, utilizaron profusamente el agua que embellece. Remedando el apogeo y magnificencia del mundo Islámico en esta cuestión. Ese Edén o Paraíso de los árabes que se entendería como el jardín de aguas, fuentes y flores, que embriagan y hacen gozar. El jardín árabe es intimista, personal, cerrado al curioso, interior, privativo, amurallado. Es elemento sutil, sencillo, protagonista. A lo largo del siglos XV y XVI, hay dos países que cultivan la magnificencia del agua del jardín. Italia con lo conocidos jardines de Villa Farnesio, Villa Madama, Villa Lante y Villa D'Este, en Tívoli, en este último con juegos de agua formidables, bellísimos. Francia con la fastuosa creación de Versailles, el jardín con las fuentes y juegos de agua de espectacularidad impresionante, que influirá en la historia europea. Insisto que este aspecto embellecedor del agua se integrará y será fundamental en el esplendor balneario.



La dimensión del agua con capacidad limpiadora o higiénica es concepto que se desarrolla propiamente a partir del siglo XVIII. El auge de la química, que desvela la composición del líquido agua, le priva, en parte, de esa halo mágico o misterioso. Se pasa pues de una concepción cosmológica, mágico - sagrada, a otra purificadora

del pecado, y por fin a esta tercera, de desacralización y conocimiento racional. La higiene cobra un auge notable en los siglos XIX y XX, y en el momento actual. El verdadero sentido de la higiene vendrá orientado por los descubrimientos de Pasteur. El aseo, el cuarto de baño, el bidé, la limpieza de las manos, del cuerpo, se entenderán en esta clave, los microbios, los micro organismos. La bacteriología legitima el sentido de la limpieza: surgirán los lavaderos, los baños públicos. Es el momento de la higiene privada y pública.

Si bien todos estos aspectos del agua están presentes en el mundo balneario, sobre todo en su esplendor, no cabe duda que el elemento esencial será el agua que cura, el agua como medicina mineral. Desde los tratados hipocráticos, siguiendo por la obra sistemática y canónica de Galeno, por los autores del mundo helenístico alejandrino, Avicena y otros del mundo medieval, se pueden leer referencias al poder curador de las aguas termales y minero-medicinales. En el siglo XVI, la figura de Paracelso, rompedora con la tradición, provocadora, excéntrica, modernizadora, polémica, una isla en el Renacimiento, aboga por el remedio mineral y dedicará estudios a la composición de las aguas medicinales. Será un adelantado de la balneoterapia, "esos santuarios de la salud", y analizará las aguas de centros balnearios europeos: Ragaz, Saint Moritz, recomendando dichas aguas a los enfermos, a tenor de sus males y la cualidad "ácida" de las mismas. El siglo XVII supone ya el despertar, el concienciar de los médicos por la crenoterapia. Es cierto, que en el seiscientos, no se valora el agua como agente de placer o de higiene, más bien se la entiende como remedio salutarífico, el agua que cura. López de Azcona en su obra "Las aguas minerales en el libro del siglo XVII" ha dejado sentado el papel que dan los médicos a las aguas termales como agentes curativos, en al menos un centenar de publicaciones. Dos textos canónicos, de obligada referencia, ven la luz en el siglo XVII, en España, sobre esta cuestión. La traducción castellana de la "Historia Natural" de Plinio el Viejo, 1629 y "El Espejo cristalino de las aguas de España", de Limón Montero, publicado en Alcalá, en 1697. Ambos, alaban la capacidad curativa de las aguas minerales, y les conceden, además, la vertiente placentera, así Limón Montero, dice: "Es muy digno de ponderar en las aguas, no solo la gran virtud que tienen en sanar las mayores y más grandes dolencias de los hombres, pues apenas hay enfermedad que no curen, sino mucho más el maravilloso modo como lo hacen, sólo las aguas curan los males con descanso, con deleite, y contento, siendo el bañarse y beber no menos deleitable que provechoso". El doctor Ribas del Castillo defiende que "la salud de los hombres se sustenta en el agua o por el agua, ya que es medicina para todas las dolencias". Es palpable entre la clase médica del siglo XVII el hastío por la abigarrada y, muchas veces, inútil farmacopea, y un interés creciente por el remedio natural del agua, inquiriendo sus virtudes, composición, usos, cantidades, indicaciones, contraindicaciones.

El siglo XVIII supondrá la eclosión y valoración del agua medicinal. La mirada a la naturaleza, propia de la Ilustración, la utilidad de las cosas, el desarrollo de la química, propiciarán el éxito del agua mineral como remedio curador. Dentro del

movimiento ilustrado en España, es obligada la referencia a la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, genial y genuino puntal de la Ilustración, paradigma y modelo de las restantes Sociedades Económicas que surgirán en España a los largo del setecientos. Entre los médicos Amigos de la Bascongada en el último tercio del siglo XVIII se observa, también, y de forma novedosa y radical, un interés inusitado por los manantiales termales y aguas medicinales que nacen en el País Vasco. Muy en consonancia con su momento histórico, incluso con cierto adelanto, se afanarán en analizar y verificar las virtudes medicinales de algunas fuentes termales reputadas, de forma empírica, como útiles para curar ciertas enfermedades. Es el origen de la hidrología médica vasca, con un despertar tardío, a pesar de ser Gipuzkoa la provincia más rica en veneros salúferos, pero con un desarrollo de máximo esplendor en el siglo XIX. El Real Seminario de Bergara y su Laboratorio "Chemicum", primer politécnico de ciencias útiles (química, física, metalurgia, matemáticas, mineralogía), tuvo que ver en este desarrollo de la terapéutica hidro-mineral al ser el lugar de análisis químico de ciertos manantiales, como el de Guesalaga, origen y embrión del famosísimo balneario de Cestona, el "Carlsbad gipuzkoano", establecimiento, sin disputa, más importante en el siglo XIX español y zénit del esplendor balneario. La obra de Pedro Gómez de Bedoya y Paredes, coetánea de este época ilustrada, prosigue la línea pionera de Limón, la completa con un catálogo de las aguas medicinales de la península y tiene un éxito conspicuo.

A partir de este momento contemplamos el entusiasmo de los médicos por el agua, como remedio natural, simple, y no nocivo, pero esta afirmación precisa matizaciones y puntualizaciones. En un extremo se sitúan los médicos entusiastas y paladines del agua como remedio universal, véase Vicente Pérez, el médico del agua y polemista que propone el agua como la panacea universal. Frente a esta postura, y fruto del desarrollo de la analítica y composición de las aguas, se codificarán los manantiales según su composición y la utilidad se restringe a ciertas dolencias e incluso se contraindican para otros males. La hidrología médica conocerá su máximo desarrollo en el siglo XIX, su más alta especialización. Se inventarán todo tipo de artilugios para utilizar el agua, modos, incluso extravagantes, pautas curiosas, todo ello, unido a la fe, sin dudas, de la bondad de las aguas medicinales, que preconizan los médicos.

La valorización del agua en estos siglos, tendrá tres importantes vertientes terapéuticas. Agente vigorizante, remedio para la locura y medicamento para enfermedades crónicas en establecimientos balnearios

En el siglo XVIII existe un movimiento que preconiza el baño con agua fría, que fortalece, vigoriza las fibras, tonifica y hace circular la sangre. Hay higienistas que abogan por el baño en las riberas de los ríos (Londres, París). La burguesía naciente busca estos lugares. A ello se añade un matiz moral, el baño frío endurece tanto moral como físicamente. Este movimiento no tardó en diluirse, frente a frente, se

alzaba ya, se iniciaba, la molicie, las aguas templadas en los balnearios, la calidez frente al rigor estimulante del frío.

La hidroterapia de la locura abarca del siglo XVII hasta mediados del XIX, cuando los fármacos, los psicofármacos sustituyen al agua. El agua fría castiga, hace callar al loco, corta la palabra, humilla al vesánico que ha de reconocer que lo es para curarse. Es el agua que purifica.

La hidroterapia alcanza su mayoría de edad en el siglo XIX. Los médicos prescriben aguas minero-medicinales para un sinfín de patologías, si bien cada manantial tendrá una especialización minuciosa, según la enfermedad, la edad, el sexo, la constitución tipológica. Las aguas se emplearán en bebida, en duchas, baños, vapores, todo tipo de chorros y una cantidad inmensa de artilugios, desde los más sencillos a los más sofisticados para aplicar el agua termal: baños de asiento, de esponja, completo, de bota, chanclo, zapatilla, cadera, ducha, etc, etc. Las aguas son "como grandes farmacias arrojadas sobre la tierra por la sabia Providencia", al decir de un médico de baños de la época. El Dr. Ruiz de Salazar, escribirá: "las aguas medicinales son bálsamo precioso de los padecimientos humanos". Las aguas medicinales obrarían por los minerales que tienen disueltos y la termalidad y serían especialmente útiles en los procesos crónicos, en aquellos que necesitan largas convalecencias para restaurar un organismo debilitado y achacoso.

La literatura hidrológico - médica del siglo XIX es exhaustiva y amplísima, como lo refrendan los repertorios biobibliográficos de Martínez Reguera, y Granjel y nosotros para el caso del País Vasco. Los médicos directores de baños, anualmente, redactaban unas Memorias, más o menos completas o repetitivas, año tras año, con todos los avatares de la vida del balneario a su cargo. Muchas de ellas las localizamos, dispersas, en los fondos oscuros de la Biblioteca de la Facultad de Medicina Complutense de Madrid. A ello habría que añadir los folletos publicitarios editados, con mayor o menor lujo, por el propietario del Balneario, anuncios en la prensa médica y noticiera de la época, sin olvidar la retahíla de análisis químicos de las aguas, base y explicación de la potencia curadora de las mismas. En suma, el balneario, se presenta en su época de esplendor como un lugar idílico, bello, saludable, lleno de confort, aire puro, entornos cuidados y montañosos, en donde el dolor estaría ausente o mitigado.

### **El Esplendor Balneario, la situación Europea**

No será idéntico, ni mucho menos, el fenómeno balneario europeo del siglo XIX, en comparación con la situación española. Son momentos de auge en ambos ámbitos, pero desiguales, con mayor intensidad en Europa.

El balnearismo moderno tendrá sus inicios, precoces, promediando el siglo XVIII en Inglaterra, Alemania, Centro de Europa y Francia. Su etapa de esplendor abarca el siglo XIX y termina hacia 1930, e incluso antes, tras la Gran Guerra Euro-

pea, que supone el cierre y decadencia de muchos de ellos. Nombres como Bath, Harrogate, Malvern Buxton, Baden Baden, Wiesbaden, Carlsbad, Marienbad, Carlovvari, Vichy, Montecatini, Plombières, St. Moritz, evocan centros de lujo y prestigio frecuentados por la aristocracia y alta burguesía europea.

El caso español fue algo más tardío pese a la enorme riqueza hidromineral de la Península (unos 2000 manantiales censados de los que 400 se explotaron con fines medicinales, en algún periodo), (recordar aquí el auge balneario de Portugal, incluso superior al nuestro), muy superior a los países Europeos citados. En España el balnearismo moderno no alcanzó nunca el prestigio, opulencia, y brillo de los centros termales de Europa. Incluso nuestras clases más altas preferían el relumbrón de aquellos centros, pese a contar, entre nosotros a balnearios de la talla y magnificencia de Cestona (El Carlsbad español), Panticosa, Lanjarón o La Toja. En la Guía de Establecimientos Balnearios de 1992, publicada por el arquitecto Sánchez Ferré, inventaría 270 centros termales de los que sobreviven, algunos a duras penas, cerca de 70. El despertar español se podría situar hacia 1837, con 28 balnearios que disponían de médico. Un poco antes, 1817, se redacta el Reglamento para dirección y gobierno de los centros termales en España.



Otra diferencia con Europa era la concurrencia de aguistas, frente a los 20 o 30 mil bañistas de Baden u otros centros de Prusia o Francia, en España, Cestona, por poner el ejemplo de balneario famoso, llegaba a los 6 mil. Los médicos se quejan de ese afán por salir fuera y despreciar lo de casa. Tal vez, en la cura balnearia, estaba también presente el viaje, el cambio de clima y de cultura, el "depeissement", que llaman los franceses. Otra diferencia muy significativa es el escaso desarrollo urbanístico que alcanzaron nuestros balnearios frente a las "villes d'eaux" francesas o la calidad arquitectónica y paisajística de las inglesas, con sus terrazas o crecents o los centros alemanes o austriacos con sus promenades, sus casinos, librerías, tiendas de lujo, orquestas, teatros, que dan vida casi todo el año. En España muy pocas consiguieron algo similar y desde luego a menor escala: Cestona, Real Sitio de la Isabela, Baños de Carlos III, en Trillo, Lanjarón, Fuencaliente (Ciudad Real), Caldas de Montbui, Caldas de Malavella (Gerona), Mondariz (Pontevedra), Cofrentes (Valencia). Muy gráficamente, Carmen Castro, comenta el tono balneario de aquí en relación al Europeo: "aquí las mesas de tute, no las ruletas, tampoco grandes orquestas, sino la niña que sabía tocar o el señor que todavía se acordaba; no las grandes compañías de teatro, sino los circenses ambulantes. Y así todo lo demás".

Pero por encima de estas diferencias, la clave del balnearismo, de su esplendor, es el mismo en todos los lugares: Búsqueda del contacto con el agua, con el manantial como centro poderoso de salud. Búsqueda del contacto con la naturaleza domesticada, el parque, el jardín, las fuentes. Búsqueda del ocio, del descanso, huída de la vida urbana con sus problemas y conflictos. Búsqueda de la relación social, de la erótica, del placer, de la música, del baile.

Estos ingredientes son básicos, presentes en todos a escalas diferentes y, evidentemente, habrá matices, según el País o incluso en las regiones de ese País.

### **Análisis del complejo balneario y sus claves interpretativas**

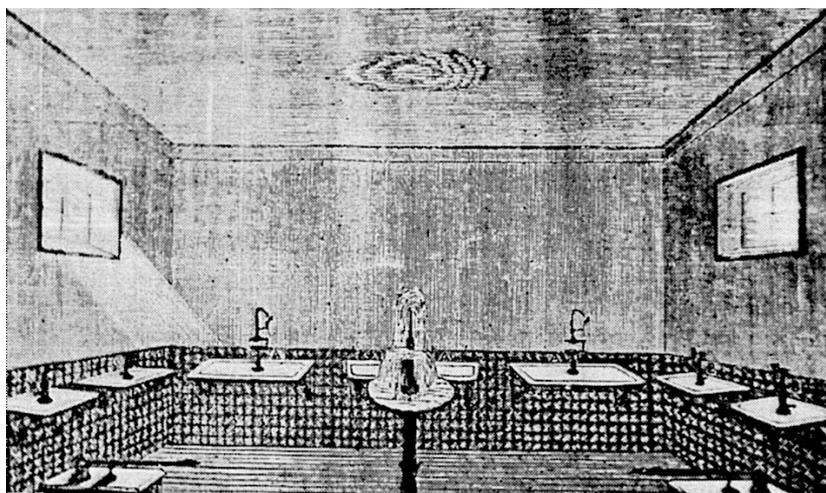
El balneario es la suma de un conjunto de factores y la suma de todos ellos tampoco refleja la realidad, tan compleja, del fenómeno balneario, en su esplendor.

Se ha dicho, el eje central, la columna vertebral, es el venero, la fuente o fuentes minero medicinales que se explotan en el establecimiento. No todos los ricos veneros se llegaron a explotar o comercializar en balnearios, solamente aquellos que tenían una riqueza mineral contrastada por análisis de químicos reputados, aquellos que, empíricamente, de tiempo inmemorial, tenían prestigio, se sabía por las gentes del lugar que curaban, aquellos que nacían en lugares o zonas de relativa fácil comunicación o acceso, aquellos que brotaban en lugares bellos, con entornos sugestivos, próximos a ríos, en valles pintorescos, en zonas escogidas. La captación del agua, del venero, será tema decisivo a la hora de edificar allí un balneario, del mismo modo que el caudal del venero, que deberá ser copioso.

El análisis químico de las aguas termales es tema que obsesiona a los largo del siglo XIX, casi cada año, se repite el análisis químico, firmado por los más reputados catedráticos, expuesto en todos los folletos, explicado con minucia, enfatizando en la singularidad, en la composición del agua al contener tal o cual mineral que la hace exclusiva, idónea para determinada dolencia. Ese análisis es la clave fundamental que explica la bondad de las aguas.

### Utilización de las aguas

La Casa de Baños es el lugar en donde el paciente se acerca y toma el contacto con el agua del manantial. En un primer momento, la utilización se limitaba a tomar el agua en bebida, en el punto donde surge el manantial, poco a poco se vehiculaba el agua a salas más espaciosas, de bella arquitectura, de mármoles y luces naturales. Aparecen las salas de baños con sus inmensas y artísticas bañeras, salas cerradas, que poco a poco separan cada vez más unos sexos de otros, en la mentalidad puritana burguesa, separan ricos de los menos ricos, separan enfermos graves de los menos graves, ocultando siempre los posibles decesos, al modo como Hans Carstof, el protagonista de "La Montaña Mágica", de T. Mann, lo verifica en el espléndido Sanatorio de Davos, en el Cantón de los grisones, en donde los muertos son sacados de noche y deslizados en trineos en la oscuridad mientras los tuberculosos viven allí en un mundo artificial. En el balneario solo cabe la salud y a la muerte no se la menciona, no existe. El abanico de posibilidades de utilización del líquido agua se amplía a modalidades diversas: baños parciales, abluciones, chorros y duchas, pulverizaciones, inhalaciones, humage (inhalación y pulverización, saunas, piscinas, peloides (cuando se utiliza el barro o limo que dejan las aguas).



*Sala de pulverizaciones, inhalaciones y chorros capilares*

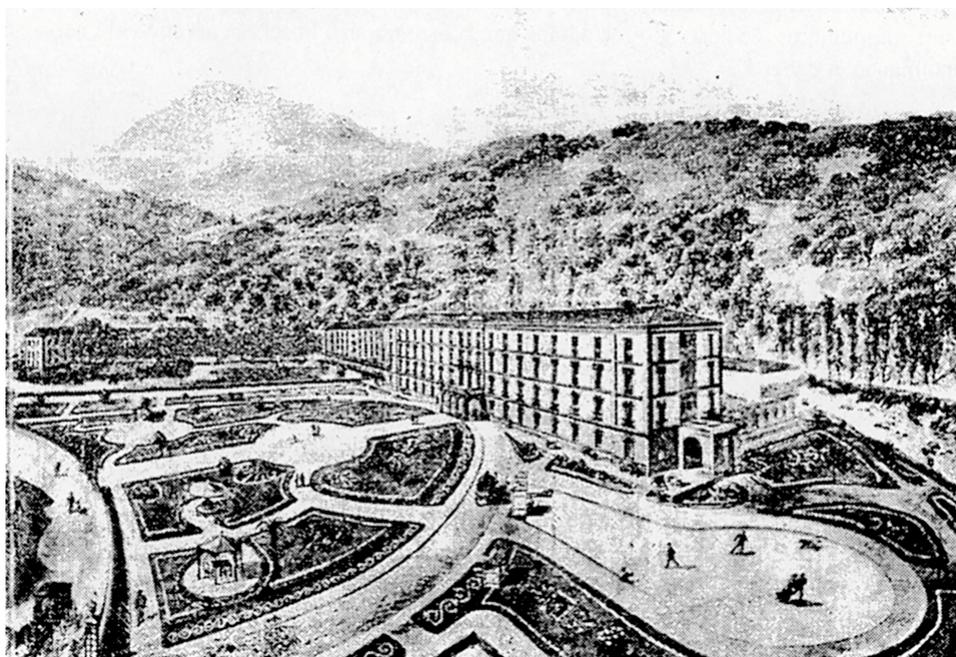
Los balnearios evolucionaron hacia una complejización de sus instalaciones, desde las rudimentarias Casas de Baños, recintos sencillos, con bañeras, y dependencias anexas, hasta las sofisticadas galerías acristaladas, con bañeras de mármol caro, cuartos engalanados, piscinas caprichosas, que se podían ver en el momento del esplendor decimonónico y que los grabados y litografías de la época retratan. Las galerías acristaladas comunicaban el lugar de baños, el sitio en donde se ubicaba el venero salutífero (que solía ocupar un lugar central, bien decorado y a la vista de todos), con las habitaciones de los huéspedes, con el hotel o fonda balnearia.

Y es que el balneario no se entiende únicamente como la Casa de Baños, elemento muy principal era el Hotel o Gran Hotel Balneario, lo que daba empaque y prestancia a un establecimiento de esta índole. El Gran Hotel surge pasado un cierto tiempo, cuando el balneario tiene ya prestigio y el negocio se prevé sustancioso. Una vez edificado, generalmente por los arquitectos más reputados, recogiendo las modas y avances en la construcción, el Hotel supone la carta de presentación del balneario, unido, yo diría que, en un segundo término, por el aspecto médico del balneario. De hecho existió una pugna soterrada y constante entre el aspecto curador del balneario que el médico reivindica, frente a la cuestión hotelera, que preocupa al propietario, que ve más el balneario como lugar social, festivo, de tiempo libre y ocio, de bailes y cuchipandas. Por eso, primará la inversión en salones, grandes comedores, bibliotecas, teatros, frente a la modernización y actualización de las dependencias de la Casa de Baños, mejora del captado del venero, etc.

El complejo balneario, en su momento de apogeo, tiende a ser autosuficiente, trata de ser un pueblo o villa independiente, con su grupo electrógeno, teléfono, luz eléctrica, ascensor. Todo ello completado con una capilla, pieza independiente, y, en contados casos, un casino, kioscos de música, tiendas, garajes, que completan la estación termal.

La arquitectura balnearia es tema apasionante, su estudio ha merecido aportaciones interesantes, que reflejan la importancia social del balneario decimonónico. No existe un estilo único, pero fue, sin lugar a dudas, el periodo del historicismo, esto es la utilización de diferentes estilos por el mismo arquitecto. Habría algunas preferencias: el Gran Hotel de tono ecléctico clasicista; la capilla una especie de gótico esencializado; los casinos con elementos exuberantes y en las Casas de Baños habrá un motivo de tema acuático (fuentes con conchas marinas, estalactitas por las que resbala el agua, azulejos con ninfas y tritones...). Destaca la amplitud y grandiosidad del interior balneario, con un hall inmenso, grandes pasillos, techos muy altos, escaleras imponentes, un derroche de espacio. Escribe Azorín, refiriéndose al Balneario de Cestona, pero que puede generalizarse a otros establecimientos: " en Cestona sólo hay pasillos. ¿No habéis notado esa particularidad íntima y profunda de las casas y de las grandes edificaciones públicas? En las Casas, en los hoteles, en los balnearios, en los casinos, existe siempre una dependencia-sala, comedor, galería, gabinete, alcoba, que domina a todas las otras, que marca la pauta

de nuestra vida cotidiana y nos impone unos determinados gustos y unos determinados pensamientos.." Pues bien, esa dependencia se corresponde en los hoteles de los balnearios (y hasta en el balneario entero) con el pasillo, galería, o corredor, la pieza que vertebra el todo, que se recorre y se pasea cada día y muchas veces. Añade Azorín, en su "Veraneo sentimental", " La vida no puede concebirse sin los pasillos del Congreso y sin los corredores de los Balnearios". La vida en el balneario, las horas del día, así lo llama Azorín, es decir cómo transcurre la jornada en el establecimiento. La mejor fuente de información es la literaria, y tomemos como muestra a tres escritores: Azorín, Francisco de Paula Madrazo y Hermann Hesse. Dice Azorín, en 1929, refiriéndose a Cestona: " La vida en el balneario comienza a las ocho de la mañana. Hasta el momento de la comida, las horas matinales transcurren entre el baño y el pasear arriba y abajo, por los pasillos, el agua. La comida ha terminado y la tarde se abre para nosotros inmensa, infinita, interminable; las tardes son el terror de los balnearios; horas eternas que se extienden desde las dos hasta las ocho que van llenándose con el paseo, la llegada del correo o la charla. Y de nuevo las campanadas que anuncian la cena. Después, ir y venir otra vez por los pasillos, la orquesta, el baile y los juegos de mesa y a las once todo queda desierto, silencioso."



*Balneario de Cestona*

Paula Madrazo, en 1848, en Deva, escribe: "A penas se levantan los bañistas por la mañana se les presenta el chocolate, del chocolate al baño, del baño al almuerzo,

del almuerzo a las visitas de confianza, que allí son todas, de las visitas a la mesa, de ésta a la siesta, de la siesta al baño de la tarde, de este al chocolate reparador, del chocolate al paseo por el camino Real, del paseo al salón del Ayuntamiento, o como si dijéramos a la soirée y después al baile, la apetitosa cena y el apetecido lecho".

Hacia 1953, el austero, espartano y ordenado escritor H. Hesse acude a Baden para reponerse de una ciática. En su libro "En el Balneario" describe lo siguiente: la jornada empieza con el baño, tras él la ingestión del agua termal y de nuevo reposo en la cama. A las nueve el desayuno y de aquí al almuerzo, el paseo por el jardín o el bosque. Concluida la comida se aplican otros modernos métodos de curación auxiliares del baño y luego la tarde repleta de distracciones, paseos, conciertos, juegos, casino, compras y el café, y por fin la cena. Hesse, que iba con intención de llevar una vida ordenada y de trabajo, claudica, y se entrega a la molición, a comer a beber a holgazanear, estar en la cama, ir al cine, afirmará, por fin me he acostumbrado a la palabra "distracción", que no figuraba en mi vocabulario.

Tres momentos, tres balnearios distintos, tres autores, que ofrecen con precisión la película de la vida balnearia. Sólo hay una obligación, tomar las aguas, luego todo es placer, quedan fuera el trabajo, las preocupaciones, las tensiones sociales, el estrés. Los médicos criticarán el afán festivo del balneario, y abogarán por la ortodoxia en la toma de aguas y otras prescripciones, sin embargo, el balneario es sobre todo un centro social, frívolo, amable, que tiene su parte importante en la cura o mejoría del bañista. No olvidar el aspecto gastronómico, al leer los menús, uno observa la exagerada copiosidad de los mismos y la cuidada selección de los alimentos: cuatro o cinco principios, cuatro o cinco segundos, otros tantos postres, uno de leche, regados con chacolí, sidra o sagardoa. La cena se componía de unos tres platos, con pescado fresco cogido aquella misma tarde.

Ese factor de cambio de aires, buena alimentación, paisajes y entornos bellos, alejamiento del foco de los problemas, producía, sin duda, un efecto beneficioso, tanto o más que el tomar la medicina hidromineral. En esos centros las costumbres se relajan y las normas se atenúan, y unos cuantos baños agradables reponen la salud quebrantada, lejos de la residencia habitual.

Es innegable que la cura termal es la esencia balnearia, pero, cada vez más, se reivindica el aspecto de vacaciones y otros matices del balnearismo. Granjel, en su espléndido libro "Viaje al Balneario", nos acerca a la imagen del balneario como centro de veraneo, de diversión, de ocio, e incluso de intriga política. El balneario es ausencia de trabajo: Gómez de Bedoya, en el setecientos escribía: "debe el enfermo acostarse temprano, para que a la mañana siguiente esté pronto y ágil para tomar las aguas. Las horas intermedias del día se deben pasar en gustosa conversación, privándose de leer y escribir por la mañana y después de la comida; así como a las mujeres, de coser y otros oficios que acostumbran a hacer encorvando el cuerpo e inclinando la cabeza".

El tiempo en el balneario. Sin duda tema apasionante, el transcurrir lento de los días y las horas, rememora textos literarios que han reflejado el concepto tiempo, el sentir el tiempo. El tiempo del reloj y el tiempo interior. Recordemos a T. Mann en "La Montaña Mágica", el tiempo de arriba es distinto al de abajo. El mismo concepto está en su novela "Muerte en Venecia", que teniendo como escenario el balneario marítimo de El Lido, ve pasar, lánguidamente, el tiempo. Visconti, al llevar la novela al cine, logró magistralmente transmitirnos ese "dolce far niente". No hacer nada, matar la tarde, se dirá castizamente, "cuánta tarde queda por matar". El tiempo en el balneario tiene su ritmo.

Otra cuestión de interés lo constituye las clases sociales y la convivencia balnearia. No hay tensiones sociales. Si en un primer momento las gentes sencillas del lugar acudían a beber las aguas, cuando estas pasan al dominio privado, las cosas cambian. Los balnearios más renombrados son caros y llenan sus habitaciones con la burguesía y la aristocracia. Por Ley estaban obligadas a aceptar pobres de solemnidad y militares enfermos, pero se encargan de separarlos convenientemente, no hay mezcla de clases. La convivencia entre los del mismo grupo social es muy placentera y el balneario invita a la relación social, las diferencias políticas quedan a un lado "Envidiable fraternidad que por desgracia no se prolonga más allá de la temporada de baños", y existe una gran complicidad, la que produce el padecer la misma dolencia, y aunque enemigos fuera, dentro están en el mismo lado, el lado del sufrimiento, que alivian tomando las aguas y comentando sus achaques o sus alivios.

El gusto romántico por la naturaleza, ya iniciado en el siglo XVIII, mueve a las gentes cultivadas a moverse hasta lugares en donde suelen asentar los balnearios, zonas verdes, montañosas, pintorescas, ríos y lagos, pueblos sencillos, de gente sana y laboriosa de costumbres morigeradas, es un cuadro bucólico el que se pinta y se sueña. Es el paseo la gran invención del mundo balneario, paseo por los pasillos, pasear por el agua, pasear por el parque, pasear por el camino arbolado. Todo tiende a ese paseo higiénico, corto pero saludable y alguna vez hasta la excursión. Ver el paseo de la arboleda de Cestona que describe José Salgado: "Empieza el establecimiento en una elegante portada que da entrada a un paseo arbolado, en el que forman tres deliciosas calles los soberbios plátanos y los copudos tilos, sauces, etc..."

Contemplar, pasivamente, dejarse embriagar por los panoramas que se divisaban desde algunos balnearios, sobre todo los de montaña, ver los ríos, los valles, las cumbres de las montañas. Y los más capaces, makila en mano, un bastón, subir a las cumbres o bajar a grutas naturales.

Y finalmente el parque que rodea al balneario, lugar de charla y diversión, a veces con galerías y terrazas acristaladas, para contemplar el paisaje.

Este fue el tiempo histórico del esplendor balneario que he tratado de llevar a su ánimo, es un referente que nos sirve para conocer mejor al ser humano viviendo en sociedad, la de su tiempo.

**Nota bibliográfica**

Además de las referencias que se incluyen en el texto, debo hacer constar la valiosa aportación de la arquitecto M<sup>a</sup> Rosario del Caz Enjuto, en su libro: “El agua en el seno de las aguas. La ordenación del espacio balneario en el Cantábrico”. Universidad de Valladolid. Colegio Oficial de Arquitectos de Cantabria. 2001. En mi texto hay abundantes aportaciones obtenidas de dicha obra.